

Lejeune por el comandante del puesto que 600 u 800 hombres de la partida del Médico habían estado en aquella llanura durante ocho días con sus correspondientes noches esperando su vuelta a Madrid, que ellos juzgaban debía verificarse por entonces y que solamente la noche anterior se habían retirado cansados de la larga e inútil espera. Lo que no sabía el comandante de Cabañas era que, junto a la espera del coronel Lejeune, Palarea aprovechaba el tiempo para dar reposo a su gente que bien lo necesitaba, después de las intensas jornadas de los meses anteriores, y que su desaparición de las proximidades de Cabañas la noche anterior era sólo una estratagema para confiar al edecán del príncipe de Wagram.

Creyendo alejado el peligro y encontrándose apremiado para llegar a Madrid y entregar la correspondencia que llevaba de los mariscales franceses para el rey José y Napoleón, Lejeune aumentó su escolta con 60 soldados de infantería que le entregó el comandante de Cabañas. A la altura de Yuncos, aproximadamente un kilómetro antes de llegar a Illescas, encontraron en su camino restos de hombres y caballos que entremezclados yacían en tierra. El oficial de infantería que le acompañaba explicó que poco tiempo antes—en octubre del pasado año—ochenta granaderos franceses que escoltaban un correo imperial habían sido atacados por la partida del Médico; intentaron huir abandonando la escolta y, viéndose imposibilitados de escapar a su persecución, se refugiaron en una ermita donde tras breve y feroz defensa habían muerto todos víctimas del incendio provocado por la partida de Palarea.

Confiado en su numerosa escolta y en la proximidad de Illescas, donde existía una fuerte guarnición, marchaba tranquilo el coronel Lejeune cuando, casi en el mismo lugar donde seis meses antes fueron asaltados los granaderos franceses, todavía a la vista de Yuncos, fueron acometidos por los Numantinos de Palarea. La sorpresa, la rapidez y el valor con que los guerrilleros se lanzaron a la lucha hizo terminar rápidamente la resistencia de la escolta francesa del ayudante de campo del príncipe de Neufchâtel que, en el desigual combate, lucharon con brío, pero los guerrilleros temerosos de la llegada de refuerzos acometieron con mayor ímpetu acabando con su resistencia. Todos los granaderos de la escolta quedaron en el campo de batalla, así como la mayor parte de los soldados de infantería que les acompañaban. El resto prisionero.

Lejeune mismo estuvo a punto de ser muerto porque, rodeado de enemigos, se negaba a entregarse y rendir las armas, continuando defendiéndose enérgicamente con las fuerzas que daba la desesperación. El

